

JOSEFINA MELO Y PARRAVICINI

---

# FANTASÍAS



BUENOS AIRES

389720—TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

—  
1925

A mi querida y muy distinguida amiga  
Sra. Estalía G. Bausset de Biotti o:  
graceo cariñosamente este pequeño recuerdo

Josefina Melo y Parravicini

Marzo de 1925.

FANTASÍAS

JOSEFINA MELO Y PARRAVICINI

# FANTASÍAS



BUENOS AIRES

389720—TALLERES S. A. CASA JACOBO PEUSER, LTDA.

—  
1925

# PRÓLOGO

## PRÓLOGO

La señorita JOSEFINA MELO Y PARRAVICINI es una niña de 16 años. La precocidad de su espíritu explica una tradición de la más alta ejecutoria intelectual. Es hija del doctor CARLOS F. MELO, pensador y poeta.

Pero la frescura de su edad no hace sino dar relieve al vigor de su inteligencia. FANTASÍAS es la expresión de cualidades destacadas. Obra casi de adolescencia, parece trazada por rasgos de madurez. Hay espíritus en los que la vida se anticipa y el alma se completa al nacer.

## I.

Sorprende desde luego la estructura de su prosa. Efectivamente, la sobriedad rara vez se encuentra en los comienzos de la vida literaria. Se reacciona en forma desproporcionada al estímulo y el motivo. Hay casi siempre un poco de exuberancia, que hace que se ceda fácilmente a los excesos. La imaginación se adelanta habitualmente al desenvolvimiento de las otras cualidades.

Tampoco es una prosa de principiante. Ninguna de esas preferencias, que los atractivos fáciles, engañosos de brillo y colorido, aturden las primeras iniciaciones. Los párrafos se perfilan con soltura y seguridad. Las palabras han brotado sin esfuerzo, por holgada y espontánea elaboración. Quizás impresionen como elegidas, por lo delicadas y precisas, pero es la selección operada por el hábito que da el contacto de las flores y las perlas. No hay sonoridad en el ritmo, ni despliegue de tonos brillantes y colores

magnificentes que deslumbren, sino esa leve suavidad con que la fineza aterciopela el movimiento. Una dulzura un poco aérea, en la que el vigor y la sobriedad hacen insinuante el pensamiento. Las imágenes tienen la frescura de la naturalidad. En sus cuadros vaga continuamente una sonrisa ligera y sutil, fugitiva casi siempre, como esos reflejos de la luz en las flores agitadas por la brisa. La naturaleza interviene con toques delicados y sobrios. Un rayo de luz, la proyección de una sombra, el perfume de una flor, el colorido de una hoja, la nieve, la montaña, la llanura, pasan como colores que reavivan, como substancias que definen, como fuerzas que dan su sello y su vida. Nunca como simples decorados, para vestir o deslumbrar. Tiene el don de separar y alejar lo inútil. No gusta de lo fastuoso, aunque tampoco le satisfaga lo descarnado. Posee en la arquitectura de la frase, el sentido de la distribución y el sentimiento de las perspectivas.

A veces, como en un movimiento de elevado idealismo, deja asomar la ilusión del ensueño.

Su alma de niña delicada y tierna, se posa entonces como en un laúd. Las notas tienen mucha dulzura, pero hay, como un anticipo de tristezas, algo de dolorido y melancólico. ¿Será que estas almas que adelantan las riquezas de su espíritu, llevan, como una adivinación, ese pliegue de dolor, conque la superioridad marca a sus elegidos?...

## II.

Si difícil es determinar las razones íntimas de preferencia en materia de género literario o artístico, lo es igualmente definir la fisonomía de una inteligencia en formación. Sin embargo, ambas se explican y se aclaran recíprocamente. Las vocaciones tienen su fundamento en la misma estructura del espíritu. Son las condiciones de organización mental, las que determinan las formas de expansión intelectual.

El cuento es un género que requiere aptitudes naturales. Desde luego, una especie de



poder de retracción, con una sensibilidad de emociones refrenadas, enriquecidas por el retorno y contenidas por el hábito de la meditación. El pensamiento acostumbra al repliegue sobre sí mismo, lo que da a la actividad del espíritu, flexibilidad y continencia. La concentración lleva a la síntesis, que a su vez termina en la sobriedad.

El cuento condensa en un episodio, una vida, la singularidad de un ambiente, las modalidades correspondientes a estados de ánimo y sentimientos de un momento determinado. Es necesario, para ello, que el episodio sea intenso y significativo, con el poder de afocar la psicología de los personajes, o por lo menos sus rasgos característicos y singulares. Hay vidas que se concentran en un solo instante, en un único acontecimiento, y ellas no son muchas ni muy comunes. Otras, al contrario, se desenvuelven y despliegan al través de una serie de mayor o menor importancia, sin esa facultad de condensar en uno sólo la intensidad de vida que el cuento reclama. Por eso exige, con cierta visión dra-

mática, la aptitud de elegir las que corresponden a unas u otras. La elección impone esa cualidad de síntesis, necesaria para la percepción de conjunto y la penetración de las condiciones peculiares y personales. Implica a su vez cierta inclinación por las almas capaces de reserva y recogimiento interior. La vida que se concentra no es como la vida que se desenvuelve, el sentimiento que se reprime no es como el que se exterioriza. La vida interior tiene su ritmo, sus leyes, su dinamismo propios. En ella, las leyes de transmisión y repercusión son distintas y obedecen a formas vibratorias muchas veces opuestas a las externas.

### III.

A estas condiciones la señorita de Melo agrega una muy singular y que le da su fisonomía y su sello: la que corresponde a un espíritu cosmopolita. Sus cuatro cuentos se desenvuelven en distintos países. Todos ellos

tienen su colorido local, perfectamente diferenciados. Roma, Japón, Rusia, la India, intervienen con sus tonos propios, de raza y de zona. Es indudable que se requiere un don especial, tanto más imperioso, cuanto no se han visitado los lugares de la escena. La imaginación tiene su trabajo principal en estos cuadros evocadores y reconstructivos de naturalezas y de almas extrañas. Es, desde luego, compleja, como la resultante de gustos combinados de sensaciones de naturaleza y de vida. Salir de sí mismo, para dejarse tomar por existencias y paisajes distintos a los suyos, seguirlos en sus movimientos inquietos y variados, y quedar con su fondo nativo, profundo y sensible, es revelar mucha riqueza interior, que sorprende en una inteligencia muy tierna. La inclinación intelectual y el vigor afirmativo de las condiciones que la definen, acusan demasiado relieve y personalidad para que aparezcan tan pronto y tan enérgicas. Este gusto de los viajes, de la posición espiritual fuera de sí mismo, manifiesta a la vez que una calidad de fuerza,

cierta impersonalidad, que es ya, no el resultado de una disciplina emotiva, sino de una especie de pudor de alma, de escrúpulos de intimidad y vida interior. No permite que sus emociones estén en espectáculo; en cuanto dan su colorido al cuadro que describe, las reprime, conteniéndolas, para que no tengan otra vida que la de la luz. A pesar de ello sus retratos son impresiones, sus pinturas definen y las formas y colores intervienen con sobriedad mezclada de elegancia y melodía. Tiene ese don de dar a la naturaleza el carácter de un factor de ambiente, de simple marco trazado con precisión y flexibilidad. La sensación que de ella recibe, más que visual, es emotiva. Sus descripciones son más bien evocaciones, que palpitan como ritmos de corazón.

#### IV.

Al cerrar el libro puede surgir una pregunta: ¿por qué este pesimismo prematuro, que a

veces cruza como una sombra? ¿Por qué estos pliegues de dolor? Es que hay una preocupación filosófica, una meditación de sensibilidad delicada y profunda. Un pensamiento la inquieta y la hace sufrir: este conflicto que ofrece la vida entre lo permanente y lo transitorio, entre lo efímero y lo eterno. Los sentimientos de mera incidencia y halago, sin intensa y honda penetración, definen muchas veces y substancian la vida, a costa de lo grande y sagrado. Ha contemplado a su alrededor esta pugna de lo ligero y deleznable, primando sobre lo sólido y verdadero, y se ha conmovido. NAGASAKI y ANA DE PRAZINKA traslucen ese conflicto, con la fácil inclinación a dejarse llevar por las impresiones del día, aguijoneadas por la caricia de sensaciones indolentes. No es sino la definición de la sensibilidad femenina contemporánea, de esta sensibilidad que la vida artificiosa ha conformado. Una necesidad de vivir vertiginosamente apresura todo, hasta la misma existencia. Sólo sirve lo que cambia y no se repone, lo que pasa y no vuelve. El alma se

agota en sus fuentes profundas, para no vivir sino a través de la sensación y la superficie. El artificio se nutre de la frivolidad y la frivolidad se alimenta y se satura de mentira.

Pero ella no llega a las conclusiones amargas que la contemplación del medio llevaría a un espíritu maduro. Su frescura de alma reanima lo que toca y da juventud a las formas desecadas y marchitas. De allí sus conclusiones, casi siempre optimistas, con ese optimismo que tiene de la realidad y la ilusión, del ensueño y de la vida. Mezcla de aurora y atardecer, tiene de una y otro, la sonrisa refrescante y la dulzura melancólica.

## V.

FANTASÍAS representa una feliz iniciación. Algo más que una promesa, el principio de una realidad. Abramos nuestro espíritu a estas almas que llegan con un ritmo superior. Su primer modulación es ya una música y un canto. Pero algo más grande todavía encie-

rran: la esperanza exornada de belleza y de poesía. Rumor de fuente muy pura, entraña de savia fecunda, reflejos de agua dulce y cristalina, emanan una esencia que va hasta lo más hondo del corazón, reanimando y esclareciendo nuestro ser moral. Ya lo dije al hablar de la poesía de MARGARITA ABELLA CAPRILE, su hermana espiritual y, como ella, precozmente iniciada. La vida argentina se restaura y se completa, embelleciéndose, con la voz armoniosa y penetrante de estas aladas mensajeras de PSIQUIS.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Eugenia', with a large, sweeping flourish underneath.

Buenos Aires, Octubre de 1924.

I.

# NAGASAKI

NOVIEMBRE DE 1922



# NAGASAKI

## I.

Me voy acercando al Japón, y cada vez estoy más lejos de la patria mía. Sin embargo, no siento las nostalgias de mi tierra lejana, ningún lazo me une a ella, los dos seres que yo más había querido han desaparecido: mi padre y Charito Saros. En el primero había perdido el único amigo fiel, y en Charito el único cariño. El día que supe que desesperaban salvarla, no tuve valor para esperar su muerte, y salí de la patria, sin rumbo, sólo quería ir lejos, muy lejos, donde pudiera olvidar mi dolor.

## II.

He llegado a la gran bahía de Nagasaki y he pisado por fin tierra japonesa. Cuando desembarqué tomé un «djín» para que me hiciera conocer la ciudad. Sentado en la diminuta carroza, veía moverse ligerísimas las piernas del «djines» conduciéndome por las calles de Nagasaki. En nuestro camino encontramos varias japonesas con sus trajes nacionales, y los señores semi-europeizados en sus vestimentas. Nagasaki es la ciudad del olvido. Charito ha llegado a confundirse y hasta perderse en mi memoria. No tengo tiempo de pensar en nada, es un torbellino de calles y trajes, risas y flores, bajo un cielo purísimo.

## III.

Hoy hace un mes de mi llegada al Japón. Este país es semejante al río Dohn, cuyas aguas producen el olvido. Paso los días va-

gando por la ciudad, saliendo al campo, y visitando los templos. Hacia el Este hay un jardín espléndido, cubierto de rosales, tulipanes y claveles; los cuida un viejo guardián que tiene una hija. Ellos son la única relación que tengo en Nagasaki. Todas las tardes, a la puesta del sol, voy a visitarlos, y sus maneras sencillas y afectuosas, me encariñan en este pequeño mundo nuevo. La hija del guardián se llama Akella, y tiene quince años. Es pequeña y delicada como los tulipanes de su jardín, sus ojos son rasgados y su nariz muy fina, de tez marfileña y de cabellos endrinos. Es un fino «bibelot» a quien han dado un soplo de vida. Es suave y buena, y desde el primer momento nos hemos hecho muy amigos. Yo le cuento frecuentemente historias de Occidente, que ella escucha fascinada por la imaginación de otros mundos que jamás llegará a conocer. Otras veces ella toca en su mandolina antiguos aires nipones, y por las marchitas mejillas del viejo guardián ruedan lágrimas, mientras fuma su pipa, entreviendo en el humo felices escenas pasadas.

#### IV.

Un idilio dulce y sencillo ha comenzado. Akella me ama. Todas las tardes, cuando voy a su casa, me espera en el camino, y vamos juntos caminando, y a la noche me acompaña a la encrucijada, donde queda hasta perderme de vista. El pobre viejo acepta estos amores medio celoso y triste, pero Akella está tan contenta! Todos los días me pregunta cuando nos casamos. — «Ya, pronto», — respondo, y vuelvo cavilando sobre este casamiento imprevisto. No, esto ya es demasiado. Charito es el único ser que he amado, y no puedo ofender a la muerta; es preciso que no vuelva a Dindjon. A diario me hago las mismas reflexiones, pero al llegar la tarde siguiente, tomo el camino del Este.

#### V.

Me he casado con Akella. No es que la ame, ni que la haya amado, la quiero como

a una hermana, como se quiere un ser que endulza nuestras horas amargas, y que en mis largas noches de insomnio, en que me domina el dolor de los recuerdos, ella, siempre cariñosa y dulce, en vez de sentir celos de «la otra», me acaricia y consuela, y llora conmigo mis penas.

## VI.

Muy seguido hacemos excursiones; al anochecer tomamos nuestros faroles, y apoyada mi frágil musmé en el brazo, caminamos lentamente, conversando, o cantando a media voz. Algunas noches vagamos por las calles de Nagasaki, desiertas desde la puesta del sol, y de vez en cuando, en alguna casa entreabierta se oye el rasgueo de las guitarras.

Otras veces vamos por el campo, entre los caminos de musgo, aspirando el aroma de las flores silvestres, y oyendo el eterno cric-cric de los grillos. Luego volvemos a nuestra casita, más apoyada Akella en mí, un tanto

cansada, pero sonriendo, loca de felicidad. Cuántas veces, muchos años después, he recordado esos paseos nocturnos, en el silencio interrumpido por las gotas de agua del arroyo. . .

## VII.

Era una noche divina, de un cielo claro, de estrellas brillantes, de una brisa templada, impregnada del aroma de los naranjos en flor. Akella se empeñó en ir a las romerías del templo del Zorro; a ellas nos encaminamos.

¡Qué cantidad de gente! ¡qué abigarramiento de colores! ¡y qué extraño efecto producían la multitud de farolitos que llevaban todos los japoneses suspendidos de los bastones! Por todas partes y continuamente se oía esa risa metálica de geisha, y hasta Akella, contagiada por la alegría reinante, reía sin saber porqué. Subimos la espaciosa escalinata de piedra, guardada por dos monstruos de granito, apoyada dulcemente Akella en mi brazo;

y confundiéndonos entre la multitud, caminábamos, hasta que llegamos a un sitio más libre, donde había unas pocas personas sentadas. Akella quiso descansar y nos sentamos. Desde el lugar que estábamos se veían las ondas argentadas deshacerse blandamente al chocar con la piedra. Unas aves marinas revoloteaban graznando alegremente. Yo contemplaba el agua y el cielo, y me sentía feliz, olvidado de todo lo que me rodeaba. Akella me oprime el brazo y me dice: — «Extranjeras, compatriotas tuyas, quizás.» Me volví, y palidecí, asombrado ante lo que veía: Charito Saros, el ser que yo amaba y creía muerto, estaba ahí, mirándome con sus ojos grandes y penetrantes. Akella me oprime el brazo con más fuerza y me pregunta: — «¿Las conoces?» — «No» — respondí; era una mentira piadosa. ¿Cómo le diría a mi pobre esposa que estaba enfrente de su rival? Vino una ola de gente y no la vimos más. La alegría se había apagado en mi musmé; y yo me había vuelto sombrío. Éramos dos espectros entre aquella muchedumbre riente, y huímos

de ella, a seguir entre la sombra el camino de nuestra casita. Cuántas veces hemos hecho este camino Akella y yo, pero ¡qué diferente es éste! Siempre cantando y riendo, y hoy vamos silenciosos y tristes, y hasta hemos dejado apagar el farol.

### VIII.

A los pocos días, recibí una invitación para el baile de la embajada en que se despedía al vapor «Ysako» que saldría al día siguiente. Muchas veces había recibido invitaciones análogas, y nunca las había aceptado; pero esta vez sin saber porqué decidí asistir a la fiesta. Esa tarde le hablé a Akella de la invitación, y ella me preguntó si la había aceptado. — «Ya he rehusado tantas, que me pareció correcto aceptar esta vez.» Mi respuesta era tonta, pero no hallaba otra mejor. Akella sonrió tristemente.

Y al fin, heme aquí, en el salón de la embajada, arrastrado entre el tumulto de marinos



y extranjeros, sofocado por el calor reinante. Por más que no quisiese debía convencerme: yo había ido en busca de Charito Saros. Al fin la encontré conversando con un marino; me miró friamente y luego desvió la vista. No cabía duda: Akella la había fastidiado.

¡Pobre Akella! tan dulce, tan buena, cuando con sus pequeñas manos me acariciaba, consolándome de la pérdida de «ella»; y hoy, hasta yo la detesto, y desearía romper esta barrera que me separa de Charito. Me encontré con un amigo que después de un rato de conversación, me aconsejó que volviera a la patria. ¡Sí! Debo volver a mi tierra, debo comenzar una vida nueva y activa, y abandonar este país somnoliento y esta vida lenta e igual. Siento renacer mi alma americana y desaparecer mi avatar nipón.

La casualidad me hace encontrar sola a Charito. Me acerco y la saludo cortesmente. Ella me responde con frialdad. Le pregunto por su salud y me contesta que ya está completamente restablecida, y que este viaje lo han hecho por su convalecencia, mas que

se vuelven al día siguiente en el «Ysako».  
—«Yo también regreso en él» — dije asaltado súbitamente por la idea de la vuelta. Charito me miró sorprendida: — «Cómo? ¿Abandona Ud. su mujer? — ¡Akella! qué daría porque nunca hubiera existido! Pero, ¿era acaso Akella una valla para mis deseos? En esa noche de rose occidental, había perdido completamente mis escrúpulos orientales, y estaba decidido a abandonar a la musmé. — «Para nosotros los extranjeros, el casamiento nipón no tiene valor alguno, es un simple contrato,» — dije. Charito sonrío. Está encantadora. Y al terminar la velada, no habían transcurrido para nosotros los años de separación.

Y al volver, cruzando por los caminos en sombra, sentí llorar una mandolina en el silencio del Nagasaki dormido, y al acercarme a la casita, vi la estancia abierta, y Akella, sentada en el suelo, iluminada por un farol rojo que tenía a su lado, pulsando el instrumento, y corrían lágrimas por sus mejillas blancas.

IX.

—«Debo partir, Akella. Ha llegado el momento que nos tenemos que separar.» Akella levantó la cabecita, y vi su rostro bañado en lágrimas, y con voz muy dulce me dijo: —«Sí, debes partir. Tú necesitas volver a tu patria y con los tuyos.» Era tan imprevista para mí esta tranquila resignación, que murmuré: —«Quizás vuelva.» —«No, no vuelvas; olvida todo, a Nagasaki, a mí, trata de borrar este año de tu memoria, fué una página muy dulce y muy triste que nunca debió suceder.» —«Akella, te he amado!» Y ella, meneando tristemente la cabeza, respondió:— «No. Sólo se puede amar una vez, y tú amaste a la extranjera. Apúrate, el vapor saldrá pronto.» Y se apresuró a arreglar mi equipaje. Luego me quiso acompañar hasta el jardín, y junto al portoncito nos dimos el beso de despedida. Me alejé, y al dar vuelta una calle volví la cabeza, y vi mi casita de papel, con su jardín

de lotos y crisantemos, donde tantas veces paseamos juntos, y a mi musmé apoyada en el portón, llorando.

## X.

Es de noche; el «Ysako» se desliza blandamente por las aguas tranquilas; el Japón ya está muy lejos. Estoy en la proa, apoyado en la baranda, dando rienda suelta a mis pensamientos... y pienso, que quién sabe si no dejo al único ser que me quiere en verdad, y que creyendo ir detrás del pájaro azul, lo he dejado prisionero en una casita de papel, rodeada de crisantemos y de lotos.

II.

KIROS

ABRIL DE 1923

## KIROS

—«Es preciso hacerlos escarmentar de una vez. Diariamente aumenta su número y se vuelven más insolentes. Si os descuidáis se levantarán algún día y llegarán hasta a obligaros a dejar el trono, y aun quizás más: os asesinarán.» Así hablaba Kíros, primer ministro de Nerón, al emperador. Éste, brillante su mirada salvaje, exclamó con voz terrible y amenazadora: —«Mátalos!, Kíros, pero mátalos a todos y sin consideración ninguna, como a perros rabiosos!» —«No os apresuréis tanto»—respondió el ministro;—«dejad este asunto en mis manos, y veréis quién puede más, si ellos o yo.» —«Confío en tu habilidad; pero veamos con qué medio te propones escarmentar a esos imbéciles»—dijo el monarca. Kíros comenzó: —«En estos días

deben celebrar ellos unas fiestas, y según tengo entendido, bautizarán a nuevos adeptos. Pues bien, la guardia estará en acecho y prenderá todos los cristianos que pueda, que serán entregados a las fieras.» —«No veo novedad en eso»—interrumpió Nerón iracundo;— «ésa ha sido la forma que siempre hemos empleado.» —«Esperad, señor. Mi plan comienza aquí. Los bautizados que sean aprehendidos correrán una nueva suerte: atados a un toro furioso, serán arrastrados por él en una carrera loca por toda la pista hasta que pierdan la vida. Como no ignoráis, es el más terrible suplicio, y creo que es también el mejor sistema.» —«Bravo!»—exclamó el cruel emperador riendo a carcajadas;— «esto es ser un gran hombre! Pero por el momento dejemos a esos «perros» tranquilos, y ven que debo leerte una composición que rimé anoche cuando huyó el sueño de mis párpados.» Diciendo esto Nerón salió del salón escoltado por dos esclavos que con grandes abanicos de pluma ahuyentaban los insectos; más atrás Kíros se disponía a seguirlo.

---

Es una noche clara y serena, la luna inundaba de pálida luz el jardín. Era un paisaje magnífico que recordaba las noches de Oriente. En lo alto un palacio de mármol, y luego el jardín, un inmenso jardín de plantas exóticas, con altas palmeras que proyectaban sus sombras negras en los bancos de mármol, de ambiente impregnado de perfumes tropicales, y que llegaba hasta las orillas del Tíber. Del palacio salió una sombra blanca que se perdió entre la arboleda. Caminaba apresurada como temiendo llegar tarde. Al estar cerca de la orilla se detuvo y lanzó un grito extraño, luego escuchó; no tardó en oírse otro igual, y salió de la espesura un joven que se aproximó a ella. —«¿Nitētis?»— exclamó el joven a media voz. —«Sí, Octavio, soy yo» — respondió la figura blanca. Y los dos jóvenes se sentaron en un banco, protegidos por la sombra de los olivos. Nitētis era joven y bella, de tez blanca, perfil helénico y cabellos de ébano, sus ojos grandes y negros se clavaron en el obscuro confín de las aguas y el cielo. Era la hija única de Kíros, y había



venido con él de la Grecia, cuando su padre huyó de su patria amargado por sus desengaños políticos. Octavio, era un apuesto doncel romano, de noble estirpe, y desde que encontró a Nitetis prometió hacerla su esposa. La vió un atardecer mientras él paseaba por la playa, cuando ella bajó con el cántaro para buscar agua. Ella cantaba con voz dulce y armoniosa, mientras el agua, teñida como el cielo de rojo, llenaba el cántaro. Y él la habló, la habló largamente de su cariño, y luego de su Dios, del Dios de los cristianos, del Dios único, pero ella no pudo comprender. Sin embargo, a la segunda entrevista ella le pidió que le explicara sus creencias, y comenzó a comprender que había un Ser Supremo, Todopoderoso, dueño del mundo, que manejaba hasta el más ínfimo átomo de la naturaleza, que velaba por todos los hombres, y tuvo fe en Él. Y así continuaron las entrevistas, aumentando el cariño y la fe. Y Nitetis, instruída por su maestro en la religión, iba a ingresar al cristianismo. Kíros ignoraba hasta la existencia de Octavio.

Una gran nueva traía Octavio esa noche: Nitetis sería bautizada el Jueves Santo. Estaban en Lunes. Después de un largo rato, los jóvenes se despidieron, y mientras Nitetis se dirigía al palacio, Octavio se alejaba por la playa. Todo quedó en silencio, sólo se oían los murmullos del Tíber y los graznidos de los pájaros reales que comenzaban a despertar.

---

Era la tarde del Jueves Santo. Nerón y Kíros estaban juntos en el salón de justicia del palacio real. El emperador reía, con esa risa brutal que le era peculiar. Kíros, que era de rostro severo y rígido, tenía dibujada la expresión de triunfo y de dominio. —«Hasta aquí marchan bien las cosas; las catacumbas allanadas y unos centenares de cristianos presos, pero es realmente una lástima que sólo haya habido un neófito para bautizar. Verdaderamente, Kíros, el espectáculo que nos

vas a proporcionar va a ser bastante pobre.» —«No importa. Uno que sufra la pena del toro es ya suficiente; y aun más si es una niña como dicen.»—Interrumpió la conversación un soldado que preguntó:—«¿Pueden pasar a ser juzgados los prisioneros?» — «No hay necesidad, hombre»—respondió riendo Nerón;— «anúnciales tú mismo que mañana servirán de banquete a mis fieras.» — «En cuanto a la jovencita bautizanda hazla pasar, pues voy a juzgarla»—dijo Kíros al soldado que se retiró a cumplir la orden. Al momento entró la guardia del emperador, y luego dos secretarios; Nerón subió al trono, Kíros tomó asiento ante una mesa entre los dos secretarios. El tribunal estaba formado, era el momento de empezar el juicio. — «Que traigan al acusado»—dijo Kíros con voz terrible. Una guardia alzó los cortinados, y entraron otros dos conduciendo una joven de mirar altivo, que avanzaba tranquila. Todas las miradas se clavaron en la cristiana. Kíros, al verla, palideció, el espanto se dibujó en su rostro y un sudor glacial invadió su cuerpo; Nerón

se había apercibido con su mirar agudo de la desesperación del viejo. La joven al tropezar su mirada con Kíros, retrocedió palideciendo, y de sus labios se escapó una exclamación que sacudió el cuerpo del ministro:—«¡Padre!» Nerón, que no perdía palabra ni movimiento, observó gozoso el giro que tomaban las cosas: la acusada, hija del ministro Kíros, que había decretado la pena del toro para su propia hija. —«Veo que os conocéis»—dijo el emperador con sorna. —«Es mi hija»—respondió Kíros. Creyó Nerón que su ministro se arrojaría a sus pies e imploraría perdón para su hija; cómo gozaría él en esos momentos negándosele, y recordándole que era él, el que había decretado la pena en escarmiento de los cristianos, diciéndole que era necesaria esa muerte, y todo el instinto salvaje de Nerón esperaba ansiosamente esos momentos terribles. Pero no llegaron. Kíros conocía muy bien a su emperador para implorarle un perdón que sabía de antemano no sería concedido, y además era muy orgulloso, y aun a costa de la vida de su hija estaba decidido a cumplir su pala-

bra. Con gran asombro del emperador el ministro siguió en su asiento y comenzó su interrogatorio:

—«¿Cómo os llamáis?»

—«Nitetis, hija de Kíros».

—«¿Vuestra patria?»

—«Grecia».

—«¿Vuestra edad?»

—«Diez y seis años».

Los ojos de Kíros se cubrieron de lágrimas, era bien cruel morir tan joven; sin embargo supo dominarse, sabía que la mirada aguda de Nerón estaba clavada en él. Continuó: —«Sois acusada de ser cristiana, y por lo tanto conspirar contra la vida del emperador.»

—«Sí. Soy cristiana, creo en un Dios único y todopoderoso que sabrá darme en la otra vida la felicidad que espero.»

—«Por vuestras estúpidas creencias, y por conspiración contra la persona del emperador, vais a morir mañana.» Nitetis palideció, pero respondió con voz tranquila: —«¿Qué importa que muera el cuerpo si va a entrar mi alma en la inmortalidad?» Sin hacer caso a estas

palabras, Kíros continuó su sentencia con voz terrible:

—«Vais a morir mañana en la pena del toro.» Nitetis cayó desmayada. Nerón hizo una seña a los guardias que la sacaron de la estancia. El juicio había terminado. El emperador se acercó al ministro que pálido y severo no dejaba entrever su desesperación. —«Ha de ser un poco fuerte el tener que condenar a una hija»—dijo Nerón sardónico. —«Para la justicia no hay vínculos. Sólo hay el deber que cumplir»—respondióle Kíros con frialdad.

---

Era la tarde del Viernes Santo. Las gradas del circo estaban llenas de espectadores. Las mujeres romanas, lujosamente ataviadas, esperaban ansiosas el espectáculo. Muy lejanas de sentir conmiseración de las infelices víctimas, que detrás de las rejas clamaban implorando piedad, llegaban hasta azuzar a las fieras. En el palco principal estaba Nerón,

a su lado el ministro Kíros. Eran las tres de la tarde. El sol estaba nublado cuando Nerón dió la orden de comenzar. Después de exclamaciones de alegría por parte de los espectadores, reinó el silencio en el circo. Dos guardias abrieron una puerta y condujeron a la pista una joven pálida, vestida de blanco, ondulante la larga cabellera negra, las manos atadas a la espalda, y los ojos elevados al cielo en muda oración. Era Nitetis. Nerón espiaba continuamente a Kíros, pero éste estaba impávido y tranquilo. En la pista, en la celda en que se hallaban los prisioneros, uno de ellos, joven y demacrado, se asía fuertemente a la reja y miraba con ojos angustiados a la joven mártir. Era Octavio. Los picadores abrieron otra puerta y sacaron sujetado por cadenas, un inmenso toro rojo. Octavio, asido a las rejas, contemplaba aquello mudo y desesperado. El ministro seguía impasible. Nerón reía. Mientras los picadores sujetaban el toro, los guardias ataron la joven, luego se alejaron, los picadores soltaron las cadenas y retrocedieron de un salto. El martirio había

comenzado. Las cadenas al caer fustigaron al animal que emprendió una veloz carrera por la pista. Al sentir el peso de la joven la bestia se enfurecía y redoblando su velocidad, las cadenas golpeaban a Nitetis cuyo cuerpo se iba destrozando. Octavio lloraba, llamando en voz baja: — «Nitetis, amada mía!» Los cristianos contemplaban horrorizados el suplicio, hasta los mismos paganos callaban emocionados. Sólo Nerón reía, con su risa brutal. Por el rostro de Kíros no pasó el más mínimo gesto de dolor, pero su corazón se desgarraba junto con el cuerpo de su hija. Y el toro furioso seguía arrastrando a la joven en su desenfrenada carrera. El sol había vuelto a brillar. Un picador abrió una reja y el toro se precipitó por la abertura; el hombre cerró ligero la puerta y el animal quedó preso. Nitetis había quedado en la pista, sangrienta e inmóvil, bañada en los últimos reflejos dorados del sol. Dos guardias sacaron el cadáver, mientras otro abría la celda de los presos y los obligaba a salir. Y llorosos, pintados en los semblantes



la desesperación, abrazados los hijos a los padres, caminaban los mártires cristianos a la muerte. Sólo Octavio marcha firme y tranquilo. El emperador seguía riendo, mientras Kíros, sombrío, contemplaba a esos infelices. Otra puerta se abrió, y por ella, se precipitaron tigres, leones, hienas, panteras, hambrientos y ávidos de sangre. Un inmenso clamoreo se elevó de la pista mezclado con los rugidos de las fieras, que se abalanzaron a su indefensa presa, destrozándola y devorándola. El espectáculo había tocado a su fin. La gente se retiraba. Nerón invitó a Kíros a acompañarlo hasta el palacio. El ministro aceptó. Juntos en la carroza real recibían los vítores de la multitud. El emperador preguntó a su ministro: — «¿Y qué os ha parecido el festival?» — «Digno del emperador»—respondió Kíros. Sí; era un espectáculo cruel para un emperador también cruel.

---

Es la noche del Viernes Santo. Una noche clara y de luna; una brisa suave acaricia las hojas. Un personaje envuelto en negro «himatión» se desliza por el jardín del circo. Luego se detiene y aguarda. Se abre una puerta, y por ella sale un viejo guardián con un gran bulto negro, mira a todas partes y escucha, luego se desliza sigilosamente hacia el hombre del «himatión».

—«Aquí está»—dice el guardián entregando el bulto al otro individuo, que lo toma con cuidado en sus brazos como temiendo hacerle daño, y luego entrega al guardián una bolsa diciéndole: — «¡Gracias! He aquí el dinero ofrecido.» El guardián vuelve al circo, y el hombre se aleja silencioso y rápido, oprimiendo el bulto contra su pecho. Luego baja a la playa, y camina bordeando la costa. Al fin se detiene en el lugar donde vimos a Nitetis y a Octavio por primera vez. Todo está igual; las altas palmeras y los frondosos olivos; el banco de mármol; los pavos reales que se deslizan luminosos entre las sombras; en lo alto el castillo blanco. El hombre deja

caer el «himatión», y descubre su alta figura, y el rostro severo lleno de desesperación e inundado de lágrimas; es Kíros, surcado de arrugas y con los cabellos blancos. Es Kíros que ha envejecido en una hora. Se arrodilla sobre la arena, y deposita cuidadosamente el bulto. Luego con sus manos temblorosas saca el paño negro, y la luna baña el cadáver sangriento y desgarrado de Nitetis. El viejo toma la cabeza de su hija y cubriéndola de lágrimas, acerca sus labios al oído de la muerta y le dice en voz baja, muy dulcemente: «Nitetis, hija mía, despierta; es Kíros, tu padre, que te llama.»

Y el Tíber murmura suavemente, y en el horizonte comienza a brillar una estrella blanca y pura: es el lucero del alba que presagia el amanecer.

III.

LA LEYENDA DE JORZA

SEPTIEMBRE DE 1923

# LA LEYENDA DE JORZA

## I.

Rápido como el vértigo, rasgando el viento, y dejando tras sí nube de polvo levantada por los cascos brillantes de su corcel árabe, el cuerno en los labios en perenne toque de caza, huye, por el aire, entre el bosque de plátanos, el príncipe Jorza. A su paso los monos se detienen al borde de las ramas, absortos sus ojos vivaces; las culebras, enroscadas en los troncos, sienten la fascinación del vértigo, más poderosa que la de sus pupilas, y los pájaros de la selva enmudecen un instante.

Y Jorza sigue su carrera en persecución del antílope herido por su flecha. Huella bosques, valles, desfiladeros, las cálidas orillas del Ganges que con su confuso rumor le envía

algún mensaje sagrado; pero nada escucha el príncipe, nada ve, su mirada y su pensamiento están fijos en la presa que sólo ha dejado la huella de sus patas ligeras.

El animal, los ojos surcados por líneas sangrientas y el cuerpo transpirado, sigue siempre igual su carrera aguijoneado por el alfiler de oro que el dueño clava en sus ijares negros. Jinete y corcel se detienen bruscamente: no hay ningún rastro por el camino de arena. Jorza quedó perplejo unos instantes, mas bien pronto se repuso, y decidido a no perder su presa, dirigió el caballo a la maleza que bordeaba el sendero y se internó con él, en el obscuro enjambre de enredaderas y boadbiles. Pero la persecución es ahora lenta, impedida por las raíces que se enredan en las patas de su caballo, y por las ramas que amenazan desgarrar sus vestidos y su cuerpo. Brusca-mente vislumbra entre el bosque el pelaje dorado de su víctima. El fin de la caza está próximo. Fustiga al corcel, recomenzando con desenfreno la carrera, desgarrado por los espinos del bosque. Mas de nuevo se vuelve

a detener; una mujer, de crenchas bronceadas y hermosos ojos de esmeralda, ha aparecido en su camino y lo contempla fija y severa.

—«¿Dónde vais?» — le pregunta.

—«Detrás de un animal que he herido» — respondió Jorza.

—«Déjalo, que es mío; y vuélvete» — dijo la desconocida. Su voz era imperiosa y extraña.

El cazador estaba tan azorado de lo que ocurría que continuaba inmóvil.

—«¡Vete!» — ordenó la dueña del antílope.

—«¿Te incomoda mi presencia?» — interrogó tristemente Jorza. Pero ella, sin escucharle, ya había desaparecido en la espesura.

No tardó el príncipe en reaccionar, y olvidando la primera presa, se lanzó en pos de la desconocida; mas a los pocos pasos sintió helarse su cuerpo y vacilar su cabeza, creyó ver danzar el bosque, y sus manos tentaron en vano asirse a la crin del corcel.

## II.

Es una cueva en el corazón de la selva y su entrada está cubierta por una maraña de espinos.

Junto a la hoguera que arde en el centro un hombre de largas vestiduras rojas prepara un filtro. Desde un rincón un mono lo contempla meditando, y parece que hubiera algo semejante entre los rostros extraños de los dos, y entre sus ojos pequeños dormidos a la sombra de unos mechones grises. El hechicero coloca el filtro en el fuego y el líquido comienza a bullir.

Los ojos del nigromante despiertan cobrando extraño fulgor: es el producto de tantos años de sacrificio que ha llegado: es el elixir de la eterna juventud.

De fuera llega un crujir en la hojarasca y al sentirlo vuelven a nublarse los ojos del hechicero que se apresura a ocultar la redoma.



Entre las enredaderas de la entrada ha aparecido la desconocida del bosque. El viejo se adelanta en sumisas reverencias que ella interrumpe diciendo:

—«Necesito de tu ciencia, Kondja. Quiero entrar al mundo de los hombres de barro.»

Kondja murmuró tristemente:

—«Zedra, ¿por qué quieres abandonar el reino de la pureza? ¿Por qué quieres dejar a tus hermanas que danzan en el bosque y conversan con las aves y las flores?»

Pero ella sólo respondió:

—«Quiero convertirme en ser humano.»

Kondja pareció meditar largo rato, luego volvió a hablar con su voz lejana:

—«Quieres trocar tu verdadera felicidad por vanos ensueños; es casi imposible lo que desees; sin embargo, lo obtendrás, pero su precio es muy alto.»

—«Estoy decidida a pagar lo que quieras»  
—dijo Zedra. — «Es el amor lo que voy a obtener y no importa el precio.»

—«¿Aunque sea tu belleza?»

—«¡Mi hermosura!» —repitió estremecida,

pero al recuerdo del cazador de antílopes añadió resuelta: — «Tómala; sólo deseo estar cerca de él.»

Kondja, bajando los párpados para ocultar las pupilas que relampagueaban de gozo, insistió aún:

—«No te apresures a cometer un acto que más tarde no podrás reparar. Piensa que al perder tu alma inmortal no la recuperarás ya más, y que tu vida sólo durará el tiempo de tu ensueño y que se romperá junto con él.» Pero Zedra no titubeó:

—«¿Crees, Kondja, que podría reanudar mi vida anterior? ¿No piensas que el más mínimo ruido del bosque me sobresaltaría, esperando continuamente, y quizás en vano, verlo aparecer otra vez?»

—«Reflexiona» — replicó Kondja.

—«He decidido y no me rectificaré».

—«Sea! Pero que no llegue el arrepentimiento demasiado tarde cuando no haya lugar para él».

.....

Cedía ya la tarde a la noche...

Por el sendero de la selva se aleja una mujer. Hay en su rostro huellas de hermosura y sus ojos marchitos conocieron las llamas. Camina lentamente, apartando las ramas que le impiden el paso, y al verla los pájaros huyen...

### III.

Desde la tarde en que el príncipe había salido de caza y que unos aldeanos lo hallaron inerte en una selva lejana, Jorza se había vuelto sombrío, su rostro estaba pálido, sus labios contraídos, sus ojos se tornaron melancólicos y siempre contemplaban lejanos horizontes. Sus ministros y sus siervos observaron extrañados el cambio, pero nada dijeron; ¿qué importaba que el príncipe muriera consumido por su secreto mal? ¿no era aun peor caer de la gracia de Jorza por alguna indiscreta palabra? Pero esto no evitaba velados comentarios de los habitantes del palacio, al hallarse lejos de la mirada de su amo.

El mal avanzaba cada día sin que nada se hiciera para evitarlo.

Y en una tarde tibia en que flotaba en el aire la somnolencia estival de la India, comunicándola a las plantas y a los animales, Jorza, acostado sobre un lecho de tapices, estaba en una tienda en el jardín del palacio. Dos eunucos abanicaban silenciosos al príncipe. Sólo se escuchaba el zumbido de los moscardones azules y el chillar de los flamencos en un lago cercano.

Vestido con suntuoso traje bordado y recamado en pedrería, el semblante demacrado de Jorza resaltaba entre los vivos colores de sus ropas y tapices, y su mirada triste se perdía entre la profusión de palmeras que precedían la fuente.

De pronto a la entrada de la tienda llegó una mujer de aspecto miserable. Uno de los esclavos avanzó en actitud amenazadora, pero ella, esquivándolo, corrió a prosternarse ante el príncipe tomando entre las suyas su mano delgada.

Jorza que había permanecido abstraído, des-

vió su vista hacia la desconocida y le preguntó suavemente:

—«¿Qué deseas, buena mujer?»

Los ojos opacos de la desconocida se detuvieron en el semblante bondadoso del príncipe, y oprimiendo con más vehemencia su mano abrasada, murmuró:

—«¡Es tan difícil lo que deseo! Quiero ser vuestra esclava.» Se cruzó una mirada socarrona entre los eunucos; una mujer olvidada de la belleza y la juventud entre las hermosísimas jóvenes del príncipe.

Jorza sonrió con dulzura:

—«¿Mi esclava? ¿Para qué las quiero si voy a morir tan pronto? Sin embargo, deseo satisfacerte. ¿Posees algún arte? ¿Sabes cantar? ¿Dar a la cítara el rumor de las hojas? ¿Recitar dulces poesías de amor?...»

Ella susurró: — «Sé algo mejor que todo eso. Sé leer en tu pensamiento.»

Vago color animó las mejillas del príncipe.

—«Puedes quedarte.»

#### IV.

El otoño comenzaba y los sabios, después de una noche de consulta con los astros, manifestaban que la estrella del príncipe palidecía intensamente y que antes de entrar el invierno se habría apagado para siempre.

Cada vez más sombrío Jorza evitaba cualquier compañía y pasaba largas horas en la terraza, fija la mirada débil en lejanos puntos oscuros que indicaban las selvas del Norte.

Así en un atardecer de oro y de fuego, Jorza fué arrancado de sus pensamientos por una voz que recordaban vivamente sus oídos.

—«¡Qué solo y triste estás, monseñor!»

Al volverse el príncipe se vió ante la nueva esclava que lo miraba sonriendo. Involuntariamente se contrajo el semblante de Jorza por la inoportuna aparición que lo arrebatava a sus ideas.

—«¿Pensabáis acaso en ella?» — tornó a preguntar con suavidad. El príncipe se estremeció.

—«¿En la mujer de cabellos bronceados y pupilas color de follaje?»

—«¿Cómo sabes? ¡Dime!» —interrumpió Jorza impetuosamente.

—«Y ella te ama» —prosiguió imperturbable la esclava;— «quizás aun más que tú; te ama tanto que ha llegado a sacrificar lo más preciado por hallarse junto a tí».

—«Explicate, no entiendo» —exclamó extrañado el príncipe.

—«¿No entiendes? ¿No encuentras en mí a la mujer del bosque? ¿No sientes bajo estos despojos humanos el corazón de la hija de la selva? ¿No has escuchado su voz? ¿No has comprendido su alma?»

Era una revelación tan increíble que Jorza sonrió desdeñoso diciendo:— «Podrás leer en mi corazón, pero difícilmente podrás engañarlo».

Y en sus ojos moribundos hubo un gran destello de tristeza que se perdió en las selvas lejanas.

Entonces Zedra recordó que había perdido su belleza, que nada común existía entre ella

y la mujer del bosque, que sólo el corazón le había quedado en el cambio, y que su pasado únicamente era el rival de su presente. Comprendió que el príncipe la amaba, pero bella y joven, todo lo que ella había sacrificado por conseguir su amor.

## V.

La noche está clara y serena.

La luna creciente se refleja cortada en las ondas negras del lago, en cuyo torno duermen los flamencos rosados y los blancos pavos reales. Con paso lento atraviesa el jardín una sombra. Los flamencos, despertados por el crujir de la arena, extienden la mirada en torno suyo y no divisando nadie interrogan a las hojas de los árboles.

—«Es una esclava del príncipe. Una pobre pecadora que mañana debe morir.»

—«¿Por qué debe morir mañana?»—preguntaron en murmullo las aguas del lago.



—«Porque ha vendido el alma» — contestaron los follajes.

—«Muy pobre debe ser para vender el alma» — exclamaron desdeñosos los pavos reales, y abriendo su gran abanico de plumas se dispusieron a alejarse, diciendo: — «¡Y es por un ser tan miserable que interrumpís nuestro sueño!»

Unas rosas cercanas, que recién esa noche habían abierto sus corolas de nieve, interrogaron a su vez:

—«¿Y no puede recuperarla?»

Las hojas se agitaron en ademán negativo, pero una ráfaga de viento las interrumpió:

—«¿Qué sabéis vosotras que no salís del jardín del rey? Yo que atravieso llanuras y montañas, continentes y océanos, y que ahora vengo de las selvas del Norte, os aseguro que la esclava puede recobrar su alma.»

—«¡Habla!» — clamaron en coro, el follaje, la fuente, el rosal y los flamencos.

—«Pero es preciso para ello que atraviese con una espina el corazón del príncipe Jorza»

—añadió el viento, esfumando la voz para que no lo oyeran.

Y todos horrorizados quedaron en silencio. Pero al pasar Zedra, junto al blanco rosal, una de las flores le murmuró quedo al oído:

—«Recupera tu alma, Zedra: vuelve al bosque donde te esperan tus hermanas y tus amigos las plantas y los pájaros.»

—«¡Oh! ¡sí!» —exclamó la esclava dejando rodar sus lágrimas. — «¡Si pudiera regresar junto a los que me aman!...»

—«Es posible lo que deseas, si estás decidida.»

—«Lo estoy» —repuso la hija de la selva— «nada me retiene aquí.»

—«Toma una espina de mi tallo y clávala en el corazón del príncipe esta noche. Pero apresúrate, que cuando llegue la aurora será tarde.»

—«¡Asesinar a Jorza!» —repitió espantada la esclava.

—«¿Acaso él te ama? ¿No es preferible volver a ser lo que antes, a morir sin dejar siquiera el recuerdo?»

—«Estás en lo cierto» — afirmó Zedra y arrancó una espina del rosal.

.....

Por las largas galerías de piedra y por los salones tapizados de pieles y telas orientales, se deslizaba entre los tapices de pluma y cacharros de oro, con paso ligero y silencioso, temiendo despertar los esclavos dormidos. Oprimiendo con una mano la espina, con la otra trataba de ahogar el corazón cuyos fuertes latidos parecían querer delatarla. Al fin llegó junto al lecho del príncipe.

Jorza dormía agitado, su pecho palpitaba violentamente, y en torno de sus ojos se extendían sombras azuladas.

Zedra se detuvo. Cobraron vida sus pupilas y se fijaron en Jorza en una mirada ardiente y prolongada.

La noche palidecía y las estrellas se apagaban lentamente.

—«Apresúrate que viene el alba» — le dijeron unas rosas que asomaban a la ventana de Jorza.

Zedra sintió que desfallecía.

Se acercó con paso tembloroso; e inclinándose sobre el príncipe dormido, en vez de hundir la espina, dejó un beso en aquel rostro tan amado...

## VI.

Nacía el alba. Una brisa fresca estremecía las plantas dormidas. Zedra volvió la mirada al palacio aun silencioso y luego a las selvas del Norte. Todo terminaba; de toda su belleza, de todas sus alegrías y pesares, ya nada quedaría...

Cinco nubes rosadas atravesaban el cielo. La esclava las contempló pensando que más felices que ella cruzaban el mundo libres de sentimientos.

—«¡ Ven !» — exclamaron las nubes adivinando su pensamiento; — «vamos hacia lejanas regiones donde las nieves son tan puras como nosotras».

—«Soy pecadora» — quiso responder Zedra, pero la aurora había llegado.

Un murmullo adormeció sus sentidos, sintió que algo extraño se separaba de ella, y creyó convertirse en algo ligero, que arrastrado por la brisa se alejaba del bosque y del palacio, al tiempo que una voz lejana murmuraba:

—«Ven con nosotras, que por el Amor vive la pureza de tu alma.»

Y seis nubes rosadas se perdieron en el cielo pálido.

IV.

ANA DE PRAZINKA

SEPTIEMBRE DE 1924

# ANA DE PRAZINKA

## I.

Era durante la guerra. La situación de Rusia se agravaba cada día. En el frente, los enemigos diezmaban el ejército indisciplinado; en el territorio, el hambre rebelaba los hombres, ya enardecidos por el ambiente de lucha, provocando revoluciones interiores.

En ese tiempo, yo, Daniel Glasow, oficial de la marina mercante inglesa, estaba de tercer piloto en el «Cosiana» que hacía el recorrido de B... al Yeniseisk, llevando víveres a los destacamentos aliados.

Regresaba el «Cosiana» del segundo viaje a Yeniseisk cuando nos hallamos con una gran agitación popular en X... Al interrogar las causas nos enteramos que una semana antes

los Zares y gran parte de la nobleza, habían sido asesinados. Sólo algunos pocos habían logrado evadirse de este primer plano de reorganización social, huyendo al extranjero. En Y... tuvimos más detalles del avance bolscheviqui. Las tierras, castillos, bienes en general de los aristócratas, habían sido confiscados por el soviét. Fué en esos momentos que nuestro comandante recibió un mensaje del cónsul británico en Petersburgo, rogándonos aceptáramos como pasajeros a la condesa Prazinka y a su hija, que emigraban acogidas al pabellón inglés. Aunque el reglamento establecía que el «Cosiana» únicamente podría transportar carga de guerra, dado lo excepcional del caso, el capitán decidió violarlo.

Al abandonar B... para emprender nuevamente rumbo al Noreste, iban con nosotros la condesa, que era una mujer de cierta edad, distinguida y afable, y la señorita Ana de Prazinka. No creo poder describir a Ana, aunque ella viva en mí y me acompaña como mi sombra.

Sólo diré que tenía unos ojos muy grandes



de un celeste sereno, y que al subir a cubierta aquella mañana que nos alejábamos de B... cuando la encontré arrebuada en un abrigo de piel gris, me pareció simplemente adorable. Contemplaba junto a la condesa resplandecer el sol en los picos lejanos de nieve, mientras abajo, las casas de la población se iban empequeñeciendo, hasta que sus techos plomizos se confundían entre las rocas. Quizás se preguntase, como todo aquel que parte por tiempo indefinido, si volvería alguna vez.

.....

Cuando entramos al Mar de Kara, la condesa comenzó a desmejorar y se apoderó de ella el desfallecimiento que sucede a una alta tensión nerviosa. Había perdido el ánimo y siempre estaba recostada en cubierta, tan envuelta en mantas, que sólo asomaba el rostro, cuyas líneas, la palidez hacía más severas. Ana no se apartaba de su lado. Sólo una vez, a instancias de la madre y del capitán, abandonó a la enferma y subió al puente de comando para ver unos bloques de nieve que bogaban a lo lejos. La niebla flotaba como un

humo tenue en torno nuestro y velaba los témpanos prestándoles fantásticos contornos. Ana contemplaba entusiasmada el panorama de bruma y de nieve y las aguas cubiertas por redondas láminas de hielo que se alejaban suavemente a nuestro paso. Recién entonces tuve oportunidad de conversar con la señorita de Prazinka. Como entre todas personas que no existe un punto de contacto en el pasado, la conversación se extendió sobre su familia, de la que sólo le restaba su madre, y sobre la situación en que las aprisionara la bárbara reforma. La comuna se había apoderado de sus bienes e incluído sus nombres en la lista negra. Se hallaban sin nadie que las protegieran cuando recibieron una carta de Natalia Rombrowa, antigua ama de llaves del castillo, ofreciéndoles que se refugiaran en su casa de Krestowa, donde ella habitaba con su hijo Igor.

Desde esa tarde que rompimos la impresión de extraños, Ana y yo quedamos muy amigos, aunque mis trabajos me permitieron muy pocas veces volver a conversar con ella.

Hacia ya algunos días que navegábamos entre los desolados pantanos y los bosques de pinos, que se suceden en las costas del Yeniseisk. Al remontar el río comenzamos a sentir la calor que arreciaba a medida que avanzábamos y que ese día se había tornado sofocante, que parecía que el sol se hubiera disuelto en la atmósfera haciéndola arder. Terminadas mis horas de guardia bajé a saludar a la señora de Prazinka que paseaba por el puente y a quien el clima cálido iba devolviendo sus fuerzas.

— «Ya, señor Glasow, los molestaremos poco tiempo» — dijo sonriendo la condesa después de saludarme.

— «Así es desgraciadamente, señora» — repuse. — «Hoy debemos llegar a Krasnoiarsk y pasado mañana a la madrugada estaremos en Yeniseisk».

— «Y de Yeniseisk a Krestowa... Otras personas, otras costumbres. ¡Cuánto sacrificio! Si fuera sólo yo, hubiera permanecido en mi patria, junto a las cosas amadas, que ya a mi edad no se desea tanto la vida para salir

a mendigarla a otras tierras. Pero lo debo hacer por Ana, que no tengo ningún derecho para condenarla a muerte». Nos habíamos detenido; la condesa hablaba lentamente, entristecida al comparar el pasado y el futuro. Continuamos hablando hasta la aparición de Ana, que había estado fotografiando varios castores que edificaban su ciudad en la orilla próxima. En ese instante la señora me interrogaba sobre nuestro regreso y si me era posible hacer llegar al cónsul unas letras de agradecimiento que ella le había escrito y que a mi afirmativa fué a buscar.

— «Ha sido un viaje muy interesante» — dijo Ana al quedar solos; — «lástima que ya mañana termina.» — «¿Siente Ud. llegar?» — interrogué.

— «Sí. Hubiera querido que no tuviera fin. He sido tan feliz al hallar nuevamente amigos, que no pensaba que esto debía concluir para volver a un ambiente de indiferencia, hostil quizás, a reanudar las luchas, sin ningún aliento de esperanzas.»

— «Usted no debe hablar así. A su edad no

se tiene derecho para desesperar de nada y menos aun de una reacción política que debe venir, pues el nuevo régimen ha surgido con demasiada violencia para poder durar.» Ella me interrumpió con el ceño fruncido y la voz firme.

— «No. No regresaré nunca a mi patria. Aunque reinara la paz, mismo aunque dejara de existir el soviet y volviera la monarquía. ¿A qué volver si ya no encontraré nada de lo nuestro, si ya los parientes y amigos han muerto, si lo único que quedará serán las huellas de la barbarie? Seré más extraña en mi suelo y bajo nuestro antiguo techo, que en la cabaña de Krestowa. Es inútil esperar, lo pasado no puede volver.» Su tono no admitía réplica y se leía en sus pupilas, que se habían tornado plomizas, una voluntad inflexible.

.....

Unas horas más tarde distinguíamos las rocas rojizas de Krasnoiarsk. La víspera del arribo a Yeniseisk hube de dirigir los preparativos para el desembarco de la carga y terminé mi tarea ya entrada la noche, sin haber vuelto a ver a la señora ni a la señorita de Prazinka.

Bajo el luminoso amanecer del día siguiente apareció Yeniseisk con sus casas de colores suaves, sus obscuras calles de tierra y sus inmensas praderas. Desde mi puesto de guardia miraba, como nos íbamos aproximando a la ciudad, cuando oí detrás mío la voz de Ana dándome los buenos días. Al volverme hallé también a la condesa.

— «Hemos querido despedirnos, señor Glasgow, y por eso violamos su guardia». — me dijo la señorita de Prazinka. Sus pupilas celestes parecían traslucir una infinita tristeza.

Les agradecí la molestia que se habían tomado de subir a encontrarme y les dije que confiaba no les hubiera causado muy mala impresión Yeniseisk. La señora contestó que le parecía una ciudad bastante adelantada y un refugio tan agradable, que lamentaba sólo fuera por unas horas, ya que posiblemente partirían para Krestowa al otro día.

Entrábamos en el puerto y el comandante me hizo parar para observar las mándoras. La condesa, después de agradecerme nuestra gentileza para

con ellas, se despidió de mí, pues quería saludar también al capitán. Estreché la mano que Ana me tendía deseándole fuera corto el tiempo que debía permanecer en Krestowa.

— «Gracias» — contestó; — «ya le he expresado mis ideas y difícilmente cambiaré de resolución.»

Alargaba la despedida como si deseara decir algo, que no se animase, mas al oír que la condesa la llamaba para partir, añadió rápidamente:

— «Quisiera escribirle, señor Glasow, para que al hallarme en el destierro entre caras extrañas, pueda alguna vez refugiar mis líneas en un amigo.»

Le agradecí la honra de ser el elegido y que tendría sumo agrado en contestar sus cartas.

— «No» — insistió suavemente — «no quiero sus respuestas. Posiblemente no nos volveremos a ver, pero cada tiempo Ud. recibirá mi carta; si tuviera que responderla sería pronto una obligación abrumadora que concluiría por hacerle desear que no siguieran llegando mis letras. No se acordaría más de mí y pen-

saría en esta amiga desconocida e importuna, que le toma los ratos de escritura que Ud. desearía dedicar a otra persona, quizás a su madre o a su amada.» Traté inútilmente de disuadirla. Habíamos anclado y ella descendió a recoger sus maletas para marcharse. El capitán, que había bajado a la bodega, me mandó llamar para ayudarlo a dirigir la descarga. Cuando volví a subir al puente ya era muy tarde y un sol fuerte hacía relumbrar las torres de Yeniseisk.

## II.

Fuera que me había acostumbrado a verla, o que, aunque quería desechar esta idea, le había tomado afecto, no me habituaba a la ausencia de Ana.

En el siguiente viaje al Yeniseisk, cuando llegamos a X... el capitán me llamó para entregarme una carta que trajo el correo. Adiviné las líneas que Ana me prometiera y la abrí ansioso de saber por fin algo de ella.



Con la misma sencillez que hablaba, Ana me describía su llegada a Krestowa y sus nuevas impresiones.

— «¡Qué diferente fué el viaje en el «Cosiana» al de Krestowa! Rodeadas de gente que nos miraban con desconfianza se me ocurrían los días interminables; y más aún al partir de Dudinka, que quedaron atrás los bosques de pinos y abedules que traían el recuerdo del viaje a Yeniseisk y restaba sólo tierra rasgada por riachuelos medios helados. En Krestowa una canoa de pescadores se ofreció a llevarnos a la playa, donde nos aguardaban Natacha con su hijo Igor, que es un muchacho de veinte años, sencillo y bueno. La vieja aya me estrechó llorando de alegría, mientras Igor, después de saludarnos brevemente, rojo de vergüenza, alzaba nuestras maletas a un carrito que habían traído para que nos trasladáramos a la cabaña. Y cuando miraba desfilar los juncales y pantanos, sentía que se alejaba mi libertad y que todo terminaba para siempre; hubiera deseado volver al barco, regresar a mi patria, ni sé yo cuantas cosas imposibles

se me antojaron mientras me bamboleaba en el carro, aturdida con el retemblar de las maderas y los latigazos del viento.»

Al leer las líneas con más fuerza que nunca la imagen de Ana volvió a mí, y creía ver que sus ojos celestes asomaban a los míos. No tardé en reaccionar e indignarme de mi debilidad.

— «La fecha de la carta» — pensé — «es de mucho tiempo atrás. Ana estaba impresionada de los recientes acontecimientos. Seguro que se habrá ido habituando a su nueva vida, y calmada su exaltación, se ha apagado el recuerdo de nosotros. Probablemente será la última carta que recibiré de ella.»

Pero esta forma de razonar sólo conseguía amargarme y hacerme ansiar otras líneas, que me desmintieran el olvido de Ana. No se hicieron aguardar. En Yeniseisk hallé unos renglones fechados dos meses antes y que distaban mucho de expresar resignación.

— «Esta buena gente se esfuerza por hacernos agradable la rutina diaria. Es inútil su empeño. Mamá comienza a decaer nueva-

mente, pues la idea de depender de su antigua criada se le hace intolerable. Nunca, con mi madre, queremos tocar el tema, pues ambas comprendemos que sería para enardecer más nuestro sufrimiento. Pero muchas veces hemos pensado cuánto mejor sería haber muerto en el pedazo de tierra en que hemos nacido. Siempre este cielo blanco, siempre las enormes masas de hielo que se agrupan en las orillas, un delirio de blancura que primero deslumbra y que termina por enloquecer!»

Me dejó entristecido la rebeldía creciente de Ana; se leía a través de su carta las dolorosas nostalgias del desterrado. Regresé a B... deseando el instante de volver a ver las riberas del Yeniseisk. Entretanto la situación de Rusia se agravaba y la marea roja iba inundando todo el territorio.

Hube de permanecer el invierno en B... aguardando impaciente el deshielo de las aguas para que el «Cosiana» reanudara sus viajes. El recuerdo de Ana se iba tornando una obsesión. Por fin llegó la primavera y zarpamos para el Asia. Pero ninguna correspondencia me

aguardaba en los puertos. Llegaba el término del trayecto, cuando por fin en el correo del Yeniseisk hallé dos cartas. La una, escrita a fines del otoño, en que me informaba con líneas breves la gravedad de la señora Prazinka. En la última, a mediados del invierno, la condesa ya había muerto. Ana describía con trazos serenos el fallecimiento de su madre.

— «Desde que hubo de abandonar su patria, se fué apagando lentamente como el niño que muere de frío al ser arrancado del regazo materno. Ella estaba contenta de morir, sólo lloró al pensar en mí. Suplicó a la vieja Natacha que no me abandonase y me besó muchas veces cual si quisiera dejarme la protección de su cariño. La pobre aya se esforzaba por recitar oraciones que las lágrimas convertían en sonidos desarticulados. Yo estrechaba fuertemente a mamá, queriendo disputársela a la muerte, pero ya su rostro se había tornado blanco, como si reflejara la maldita blancura de este cielo y sus ojos se habían entrecerrado como si acariciaran la visión lejana de la patria».

Al final de esta carta, Ana me participaba su alarma, pues habían llegado a Krestowa unos fanáticos, propagandistas del soviet.

— «Dos epidemias» — decía — «están destruyendo la Rusia. El comunismo, que ya llama a las puertas de Krestowa, y la viruela, que después de diezmar las poblaciones vecinas, está haciendo estragos por estos alrededores.»

Quedé preocupado. La situación de Ana se presentaba día a día más difícil y las cartas que tanto esperaba, en vez de apaciguarme, me hacía anhelar otras.

Así como el año anterior, no logré calmarme hasta retornar al Norte, que esta vez me dejó volver a B... sin noticias de mi amiga. Era principio del otoño, los hielos bloqueaban el mar y convertían parte del Yeniseisk en una llanura helada. Hasta los primeros calores debía conformarme en habitar B... Algunos de mis compañeros del «Cosiana» que bajaban a San Petersburgo, me instaron a que los acompañara, y como hasta la primavera el tiempo se me hacía insoportablemente largo, decidí seguirlos para conocer la ciudad que tanto

amaba Ana. Pero pronto abandoné Petrogrado, hastiado de las banderas rojas que flameaban entre ruinas de incendio y de los trineos que huían como sombras bajo sus noches interminables.

Ya hacía algún tiempo que estaba nuevamente establecido en B... cuando recibí una carta cuyo autor la había dirigido a Mr. Daniel Glasow, tercer piloto en el «Cosiana», puerto de B... y que traía los sellos del tren correo de Krasnoiarsk. Dado el punto de procedencia, únicamente Ana podía enviarme esa carta, pero era extraño que la dirigiera a B... como temiendo que si la dejaba aguardarme en Krasnoiarsk yo la recibiría muy tarde. Al comenzar a leerla comprendí que no estaba equivocado.

«Mi buen amigo: No sé si serán estas letras las últimas que pueda escribirle. Luego cuando mis cartas no vayan a importunarlo con mi memoria, comenzaré a alejarme de su vida, igual a la barca que rotas las amarras se aparta de la costa. Por ello es que antes de partir me atrevo a confesarle que lo amo mucho, mucho, y que me desespera la idea de perderlo. Es una

locura, amigo mío, mas si se imaginara cuántas cosas se me ocurren... A veces pienso que si Ud. me hubiera amado, en vez de quedar en el Yeniseisk, hubiéramos ido a otras tierras, mamá no habría muerto, y yo sería feliz...

«Comprendo que son extravíos, que no había razón para que Ud. me amara, y que fué como debía suceder. Sin embargo, estas reflexiones no logran resignarme, y aun menos el casamiento con Igor Nickolevitch; pues tal como lo escribo, dentro de algunos días me habré desposado con el hijo de nuestra sierva.

«Una delegación bolscheviqui que llegó a Yeniseisk se ha esparcido por las costas y los pacíficos habitantes comprados por el «vodka» se plegaron al movimiento. La cautela con que obraba Natacha para ocultarme, ha despertado la atención de mis enemigos, que por fin me han descubierto y me reclaman para el sacrificio. Al conocer mi suerte me arrojé llorando en brazos de Natacha, pues mis diez y ocho años se rebelaban a morir.

«Fué entonces cuando Igor me propuso, por intermedio de su madre, este casamiento. Después de tantos instantes de amargura acepté sin titubear, e Igor comenzó los trámites con el soviet para realizar la ceremonia comunista de nuestro enlace. ¿Igor me ama? ¿Es un acto generoso de su parte, o un abuso al comprender mi impotencia? Me inclino a creer lo primero; él sigue siendo para conmigo el humilde servidor de siempre; quizás al ver la desesperación con que me estrecho a la vida por salvarme deba él también sacrificar algún cariño.

«La fecha se aproxima; pronto me convertiré en la aldeana que machaca pescado y prepara el samovar para el esposo que regresa del trabajo; es mejor que ese día ya no reciba más noticias de: ANA DE PRAZINKA».

¡Qué choque me produjo esta carta! Era precisa semejante conmoción para que yo me confesara que desde hacía tres años amaba a Ana sin quererlo comprender.

Y sin detenerme a reflexionar en los resultados de este viaje preparé mi maleta y salí esa



tarde en el tren correo que pasaba para Krasnoiarsk.

### III.

Días después llegaba a Krasnoiarsk antes del amanecer. Entre las nieblas asomaban los faroles de los trineos y aun la ciudad se dibujaba vagamente. No quería aguardar la mañana en Krasnoiarsk, pues me parecía interminable el tiempo que había empleado en el viaje y me irritaba la idea de retardarme unas horas. Llamé un cochero que pasaba y le ofrecí cien rublos si me conducía a Yeniseisk en su trineo. El hombre me contempló titubeando. En realidad, era extraño ofrecer una suma tan elevada, pero más extraño aun recorrer bosques en la obscuridad. Concluyó por aceptar y descendimos hasta las riberas del río helado que comenzamos a costear, alejándonos de las calles anchas de Krasnoiarsk. Atravesamos entre los bosques de abetos transformados en

grotescas figuras de nieve, y por fin llegamos a la primera aldea, cuando comenzaba a alborrear. Despertaba la población a la vida diaria y ya algunas mujeres habían encendido fuego en la nieve para proveerse de agua. Dejamos atrás la aldea y luego otra; llegó la tarde y los caballos, fatigados de una carrera sin descanso, no quisieron seguir más adelante. Nos tuvimos que detener en un poblado, pero los habitantes nos miraban con desconfianza y nadie nos ofrecía hospedaje. Basilio, el cochero, me propuso que nos acomodáramos en el trineo, mas se me figuró que nunca acabaría la noche que debíamos aguardar para reanudar la marcha. Conseguí que me alquilaran unos renos que de regreso a Yeniseisk el cochero devolvería a su dueño, y con gruñidos de desaprobación por parte del conductor, enganchamos los animales, y dejando los caballos, partimos hacia los bosques.

Basilio soplaba y silbaba para ahuyentar el sueño, mientras yo no lo lograba por más que trataba de conseguirlo. La luna, muy blanca, prestaba al suelo nevado reflejos de plata y parecía lastimarme la vista. Andando siem-

pre volvimos a ver levantarse el día, y ya llegaba de nuevo la noche cuando entramos en Yeniseisk. Aboné lo prometido a Basilio, que estaba extenuado de hambre y de fatiga, y comencé a buscar quien me alquilara un trineo y algunos perros o renos para marchar a Krestowa. Esa noche descansé en Yeniseisk, pues reflexioné que me aguardarían muchas y muy malas antes del regreso.

Al amanecer huía hacia la tundra.

Iba yo solo en el trineo, no dominado ya por la serena imagen de Ana, sino por una especie de fiebre que me obligaba a agitar el látigo y a azuzar los perros a una carrera desenfrenada. Andaba de día y de noche, deteniéndome en algún pueblo sólo lo preciso para cambiar los perros o beber un poco de te. A veces comenzaba a desfallecer, debilitado por la falta de alimentación y de sueño, mas pronto conseguía dominarme y volvía a agitar con más ímpetu la marcha. . .

Desaparecieron los bosques, sólo restaba la llanura helada del río Yeniseisk que se perdía a lo lejos y en cuyos bordes crecía a trechos

algún árbol. Al vernos huían los pájaros sacudiendo de sus alas la escarcha.

Recorría la tundra y no tardaría en llegar a Krestowa y encontrar otra vez a Ana. — «Touss! Touss!»

Las costas se tornaban más accidentadas, y se dibujaban bloques de hielo que el río había arrastrado y que se detuvieron al paralizarse la corriente. Nos aproximábamos al final del viaje y también a las mayores dificultades: Krestowa estaba bloqueada. Pero al pensar que me hallaba tan cerca de Ana, los obstáculos sólo lograban enardecerme, y comencé a ascender entre las masas de hielo. El cielo se iba obscureciendo; yo deseaba llegar al pueblo antes de la noche, que domina temprano durante el invierno, mas los perros, conocedores de los peligros del camino, subían lentamente, deteniéndose ya al borde de un precipicio o al pie de un risco.

Por fin, pequeña y miserable, apareció Krestowa confundida entre la nieve. Me detuve en la primer casa que hallé para pedir las señas de Natacha Rombrowa. A mi llamado

asomó por la ventana una mujer que me indicó la dirección que debía continuar, y luego, contemplándome con curiosidad, agregó:

— «El señor parece extranjero. Quizás hace muchos años que no ve a Natacha Nickolevitch ni a su hijo y no sabe que hoy celebran los desposorios de Igor...»

No escuché más, murmuré unas palabras de agradecimiento, y aflojando las riendas, pasé a toda velocidad entre las pocas casas diseminadas que forman la población, hasta llegar a la cabaña de Natacha Rombrowa. Con la noche arreciaba la nieve y el viento; sin embargo, la puerta estaba abierta.

Me aproximé al dintel y miré la habitación en cuyo centro había una mesa engalanada con ramas de abeto y platos de golosinas. En el rincón una anciana estaba sentada junto a un brasero, mirando retorcerse las leñas. Al saludar la mujer se volvió azorada.

Creí que sería la aya de Ana, pero me explicó que era una vecina venida para preparar las

algún árbol. Al vernos huían los pájaros sacudiendo de sus alas la escarcha.

Recorría la tundra y no tardaría en llegar a Krestowa y encontrar otra vez a Ana. — «Touss! Touss!»

Las costas se tornaban más accidentadas, y se dibujaban bloques de hielo que el río había arrastrado y que se detuvieron al paralizarse la corriente. Nos aproximábamos al final del viaje y también a las mayores dificultades: Krestowa estaba bloqueada. Pero al pensar que me hallaba tan cerca de Ana, los obstáculos sólo lograban enardecerme, y comencé a ascender entre las masas de hielo. El cielo se iba oscureciendo; yo deseaba llegar al pueblo antes de la noche, que domina temprano durante el invierno, mas los perros, conocedores de los peligros del camino, subían lentamente, deteniéndose ya al borde de un precipicio o al pie de un risco.

Por fin, pequeña y miserable, apareció Krestowa confundida entre la nieve. Me detuve en la primer casa que hallé para pedir las señas de Natacha Rombrowa. A mi llamado

asomó por la ventana una mujer que me indicó la dirección que debía continuar, y luego, contemplándome con curiosidad, agregó:

— «El señor parece extranjero. Quizás hace muchos años que no ve a Natacha Nickolevitch ni a su hijo y no sabe que hoy celebran los desposorios de Igor...»

No escuché más, murmuré unas palabras de agradecimiento, y aflojando las riendas, pasé a toda velocidad entre las pocas casas diseminadas que forman la población, hasta llegar a la cabaña de Natacha Rombrowa. Con la noche arreciaba la nieve y el viento; sin embargo, la puerta estaba abierta.

Me aproximé al dintel y miré la habitación en cuyo centro había una mesa engalanada con ramas de abeto y platos de golosinas. En el rincón una anciana estaba sentada junto a un brasero, mirando retorcerse las leñas. Al saludar la mujer se volvió azorada.

Creí que sería la aya de Ana, pero me explicó que era una vecina venida para preparar las

cosas, mientras Natacha acompañaba a los novios a firmar el contrato de su enlace.

Después de tantas luchas llegaba en el momento que Ana se alejaba de mi. Quise salir en su busca, pero la mujer me detuvo haciéndome reflexionar.

— «¿Decís que queréis hablar con ella? ¿Y os parece que os dejarían entrar a vos, un desconocido, durante una ceremonia en el local del soviet? A más, hace mucho tiempo que han partido y ya estarán en el camino de regreso.»

Consentí aguardarlos. Me hallaba nervioso, irritado, y en lo hondo sentía una amargura inmensa que me destrozaba la garganta. Me paré junto a la ventana guarnecida de plantas y velada por unos visillos de muselina. Golpeaba con los dedos en el cristal tratando de desahogarme, mientras miraba a lo lejos del camino por si aparecía algún trineo. Permanecimos un rato en silencio, había oscurecido por completo; la anciana encendió una lámpara de cobre y avivó el fuego. Yo ya no distinguía nada, afuera estaba muy negro, y el viento, arrastrando copos de hielo, chocaba



con furia. Vagamente llegó el tintineo de campanillas, como una canción monótona que iba creciendo hasta oírse el chasquido de las riendas. La anciana se acercó a la puerta, yo me aparté a un rincón, pensando cuanto mejor hubiera sido no provocar este encuentro. Callaron las campanillas entre el ladrido de los perros, la vieja vecina agitaba las manos saludando a los que llegaban. Me volví hacia la puerta. Envuelta en zorros blancos y ceñidos los cabellos por la corona de flores y cintas que usan las campesinas rusas los días de gala, entró la señorita de Prazinka.

— «¡Ana!» — exclamé sin poder dominarme. Ella se detuvo asombrada, sus mejillas se cubrieron de rosa y se encendieron las pupilas celestes.

— «¡Daniel Glasow!» — balbuceó, pero pronto volvió a palidecer y reprochó tristemente:

— «¿Para qué habéis venido?»

— «¿Creéis que hubiera podido permanecer en B... después de vuestra última carta, sabiendo que cada día que pasaba nos iba separando definitivamente?»

Ana fijó en los míos sus ojos enormes, como si quisiera leer en ellos la verdad de mi angustia. Fuera se oía el ladrido de los perros y varias voces, entre las cuales se percibió una, clara y varonil, ordenando a los animales que callaran. Ana desvió la mirada, estremecida, como si hubiera olvidado un instante su situación, y esa voz se la recordase.

— «Ya véis» — murmuró — «llegásteis demasiado tarde: por las leyes ya pertenezco a Igor Nickolevitch, y dentro de algunas horas el pope que se ha refugiado en Dudinka nos unirá ante Dios».

Aparecía serena, pero asomaba entre sus palabras un dolor contenido. Callé, ¿qué podía decirle si todo había terminado? Tomé en silencio mi gorro de pieles.

— «Adiós, Ana». Pero al verme partir, ella había reaccionado.

— «¿Os marcháis?» — exclamó agitada; — «vuelvo a quedar sola en esta vida rutinaria, junto a seres que me son indiferentes, con la tortura de vuestro recuerdo y de este horizonte blanco que me separa de vos! . . . »

— «¿Y si me siguiérais?» — osé preguntar.

— «¡Huir con vos!» — corrigió Ana gravemente; — «os olvidáis que soy la esposa de Igor».

— «Lo único que os liga a Igor es el contrato que habéis firmado, un documento que no es válido en ningún país extranjero y que no lo será tampoco en el vuestro, el día que termine el soviet. Ante los hombres tal enlace es nulo y aun el pope no lo ha bendecido ante Dios. Todavía sois libre, Ana, tenéis derecho a elegir entre vegetar aprisionada en los hielos o seguirme a mi patria donde hallaréis otra madre en la mía...»

Ana dudaba; a la vez temía y deseaba persuadirse.

— «Pensad, Daniel Glasow, que hoy os halláis en tierra extraña y solo, que la lejanía de todo cariño exalta vuestra imaginación y os hace hablar así. Pero cuando regreséis a la patria y volváis a encontrar los viejos afectos ¿no estaré yo de más?»

— «¿Creéis, Ana — reprendí severo — que el

cariño a mi madre puede menguar el que tengo por vos?»

— «No!... Perdonad!...» Calló sobresaltada, llegaban hasta nosotros voces y pasos que se aproximaban.

— «Es preciso partir inmediatamente» — exclamé en voz baja. Ana, en silencio, me tomó de la mano y nos deslizamos a la habitación contigua, en momentos que en la cabaña repercutía la voz que un rato antes reprendía a los perros. No había tiempo que perder; nos aproximamos en silencio a la ventana y alzando el vidrio salté afuera seguido de la señorita Prazinka.

El viento nos envolvió en un torbellino de nieve, que apenas nos dejaba avanzar hasta el establo donde había guardado mi trineo. Mis perros estaban acostados, con las bocas entreabiertas, dejando ver la lengua agitada por la respiración que escapaba de sus narices en bocanadas de vapor.

— «Con ellos ni siquiera alcanzaríamos a bajar»—dijo Ana. Había otros trineos y varios perros que se despertaban perezosos a mirarnos;

escogimos uno y Ana me ayudó a atar los animales que se sacudían ahuyentando el sueño.

Cuando partimos en el cielo muy oscuro se deslizaban nubarrones grises, y parecía que vinieran en el viento gemidos de niño; ella, arrebujaada en sus pieles, se acomodó en el fondo del trineo, mientras yo, de pie, guiaba los perros. El aire helado cortaba la respiración y hacía arder las pupilas. La nieve caía cada vez más copiosa y se agrupaba en el camino obligándonos a disminuir la marcha. Yo comencé a temer que la falta de ejercicio violento paralizara de frío a los perros, porque a medida que avanzábamos aumentaban en cantidad y en tamaño los trozos de hielo impidiendo aligerar el paso, pues se rompería el trineo y hubiésemos quedado prisioneros entre los picos. Ana estaba lívida, el abrigo y los mocasines apenas la protegían del ambiente glacial, y yo mismo sentía inmovilizarse lentamente mis miembros. Uno de los perros comenzó a caminar con dificultad hasta que ya casi no pudo moverse. Inútilmente azuzaba la marcha que se iba deteniendo, el frío había

entumecido un perro, y pronto paralizaría al compañero, luego a nosotros, y vendría el sueño que trae la insensibilidad...

Y la nieve caía copiosa como una lluvia de maná... La desesperación me hizo empuñar el látigo y castigar al animal que se encogía gimiendo y esforzándose en vano por avanzar. Súbitamente Ana me anunció las campanillas de un trineo. Sería realidad, o quizás una ilusión bajo el dominio del miedo. Sólo sé que al pensar que Igor Nickolevitch se llevaría a Ana, relampagueó el látigo y cayó furioso sobre los perros que en un aullido horrible se precipitaron entre los picos de hielo. Enceguecidos por el dolor parecían haberse desbochado, haciendo dar saltos y tumbos al trineo cuyos hierros chocaban rugiendo como si fueran a romperse. Bajo los golpes sentíamos desprenderse y rodar el hielo, amenazando arrastrarnos con él, pendiente abajo. A veces miraba la empinada cuesta de descenso, y al ver los bloques con sus picos semejantes a dientes colosales, y en cuyas bocas a cada instante parecía que íbamos a caer, o al mirar la llanura

brillante allá abajo, abajo, comprendí entonces porqué Ana había aceptado a Igor, que recién al entrar en la muerte se ama en verdad la vida y no se resigna a perderla.

Tratando de dominar el sordo chocar del trineo, gritaba: «Ato! Ato!». Pero los animales continuaban y se me ocurría que no iban a parar nunca.

Los golpes me iban aturdiendo y llegó un momento en que deseara morir por terminar de una vez ese suplicio.

— «¡Qué pálido estáis!» — murmuró alguien en mi oído; volví con dificultad la mirada y encontré a Ana a mi lado. ¿Cómo se hallaba Ana junto a mí? ¿No estaba ella lejos, en otras tierras? Y por más que trataba de ordenar los recuerdos, un peso oprimía mis sienes tornando todo obscuro, indefinido, cual si fuera por el sueño o la locura. Sentí aflojarse mis manos y deslizarse de ellas algo que hubiera querido asir y que los dedos se negaron a detener. Como una figura imprecisa, contorneada de niebla, Ana avanzó rápidamente a recoger las riendas. Algunos vuelcos más y

nos detuvimos en un golpe brusco que me arrojó contra el costado opuesto del trineo. Pasada la conmoción que produjo el choque, sereno ya el pensamiento, me incorporé. Ana estaba muy blanca, con la cabeza enmarañada y las pupilas fosforescentes y oscuras. Volví la mirada en torno nuestro; la llanura que surgía del espacio y desaparecía en él, la gran mole de hielo que parecía fuera a caer sobre nosotros, y finalmente nosotros mismos, que éramos dos gotas de vida en aquel desierto. Si Ana no se engañó y en realidad habíamos sido perseguidos, nuestros enemigos no se animaron a seguirnos en el descenso, pensando quizás que hallaríamos menos misericordia en los despeñaderos que en ellos mismos. La nieve menguaba, y en la calma del viento se prolongó muy lejos un aullido casi humano. . .

— «¿Habéis oído? ¡Un lobo!» — murmuró nerviosamente Ana.—«¡Y los perros no pueden andar!»

— «El gemido viene de demasiada distancia para que nos hayan descubierto» — observé; pero asimismo nació el temor. Sin confiarnos



mutuamente nuestro recelo escudriñábamos la lejanía y con el oído alerta tratábamos de distinguir algún rumor. Los perros que habían caído sin aliento y doloridos por las líneas de sangre que les trazara en el lomo los latigazos, se incorporaron mirando con desconfianza. Agité las riendas y los animales, reanimados por el miedo, trataron de comenzar la carrera que pronto se fué tornando penosa. El camino, árido al principio, se matizaba de árboles agrupados a veces en bosquecillos. Un ruido leve que se repetía comenzó a oirse entre los árboles. Los perros alzaron recelosos las orejas.

— «Es el viento» — dije tratando de animar a Ana y a mí mismo. Pero el ruido extraño se iba acentuando, y los perros se tornaban inquietos, hasta que llegó un gemido lastimero y lejano. Ana exclamó despavorida: «¡Los lobos!»

Respondiendo al anterior, aulló más cerca otro lobo. Entre los pinos parecían agitarse más sombras, y de pronto fosforescieron dos luces, luego otras dos, y los destellos se multiplicaban en la obscuridad. Ya era indudable la presencia de los lobos. Aflojé las riendas

gritando a los perros. Erizado el pelo de dolor, perdiendo por la boca espuma, pero conscientes del peligro, los animales volvieron con vigor a la carrera. En guardia de un ataque brusco íbamos viendo quedar atrás uno a uno los árboles y en medio de la angustia sentíamos brotar la esperanza. Ya distinguía entre los árboles la llanura estéril, los perros también la habían apercibido y cobrando nuevos bríos traspusieron los últimos pinos y se lanzaron en la curva blanca del río. No tardó el bosquecillo en quedar lejos, confundido entre la obscuridad... Los perros, sin menguar la marcha, parecían haber olvidado el cansancio por olfatear el suelo y el aire, como si nos aproximáramos a un poblado. De pronto, dando tan recio tirón a las riendas que casi se escapan de mis manos, arrancaron impetuosos, y al volver un recodo hallamos las pilas de basura que rodean las poblaciones, y nos llegó como saludo de bienvenida el cantar de un gallo.

«Por fin podréis descansar, Ana» — le dije; mas ella sólo respondió con voz fatigada: «¡Tengo frío!»

Me volví extrañado y creció mi alarma al ver sus pupilas que ardían y que parecían haber propagado su incendio a las mejillas. Felizmente entrábamos en el pueblo. La luz de nuestro farol se reflejaba opaca en la nieve y por las calles desiertas vibraban las campanillas del trineo. No hallamos ninguna lumbre y golpeamos en vano en varias puertas, cuando al fin una vieja consintió albergar a Ana hasta el día siguiente. En cuanto a mí estaba tan cansado que me dormí profundamente en un rincón del trineo.

A la mañana, Ana, a pesar de estar muy pálida y fatigada, se empeñó en reanudar el viaje. Cambié a un aldeano mis dos perros por un par de renos, y abandonamos con pena los bravos animales que postrados de cansancio nos miraban tristemente partir. Y volvimos a marchar envueltos en la nieve, deteniéndonos en las aldeas apenas lo más preciso para que Ana descansara, pues durante la marcha era presa de una continua agitación. Quizás el cansancio de un viaje tan largo y penoso, o tal vez, al juzgar serenamente su situación, el

arrepentimiento de la palabra, que me había comprometido en la ofuscación, por salvarse del compromiso anterior, le provocaban esa excitación que la iba agotando.

Al reanudar la última jornada, ya casi no tenía fuerzas para moverse; estaba el rostro abrasado y las pupilas dilatadas y brillantes, que parecían arrancadas de las órbitas. No hablaba; a mis preguntas, respondía con monosílabos. Cuando nos acercábamos más ansiaba yo llegar y la zozobra me hacía imaginar Yeniseisk en cada nube que veía en lontananza.

Recién me tranquilicé al rodear la ciudad en dirección al consulado inglés. Había decidido poner a Ana bajo la protección de Inglaterra, mientras yo arreglaba mis papeles y anunciaba a mi madre nuestro enlace. Hallé de representante británico en Yeniseisk a un antiguo amigo mío, Desmond Gleen, que habitaba con su esposa una casita en las afueras de la ciudad. Ambos recibieron cariñosamente a Ana, la cual parecía hallarse algo mejorada, e insistieron en que la dejara con ellos durante nuestra permanen-

cia en Yeniseisk. Postrado de fatiga, después de confiar Ana a sus amables protectores, me dirigí al hotel con propósito de descansar hasta bien entrado el otro día. Y sin cuidarme del aire que penetraba cantando por entre las tablas del muro, me dormí profundamente... Todavía era de noche cuando me desperté sobresaltado por unos golpecitos que llamaban a mi puerta. Al abrirla encontré un mensajero de Mr. Gleen: la señorita Prazinka había sido presa de una fiebre altísima, y alarmado por la gravedad del caso, Gleen envió para que me avisara mientras llamaban un médico. La noticia disipó todo el sueño que aún me entorpecía, y sin querer detenerme a buscar los fósforos para encender alguna luz, me apresuré a vestirme a tientas, y unos minutos después salía acompañado del mensajero. Cuando llegamos, en el jardín, Desmond salió a mi encuentro y me explicó que era imposible entrar, pues la casa estaba aislada.

— «Aislada» — repetí lentamente: — «sólo se aíslan las casas cuando hay peste.»

Mi amigo meneó la cabeza asintiendo: «El

médico dice que hay mucha viruela en la tundra...»

.....

Cada tarde me encaminaba a la casa del médico para enterarme del estado de Ana, y día por día regresaba más decepcionado. Por fin a las tres semanas nos alentó una pequeña mejoría, y comenzó la expectativa de los adelantos y retrocesos, hasta que se declaró una completa reacción. Entretanto terminaba el deshielo y empezaban a aparecer por el río Yeniseisk barcas pescadoras que acompañaban bandadas de golondrinas.

Una tarde el médico me aguardaba con el permiso tan ansiado de visitar a la señorita de Prazinka. Nos dirigimos a la villa de Gleen, conversando animadamente, pues la alegría me había tornado locuaz y trataba de acortar el camino refiriendo mi proyecto de llevar a Ana, junto a mi madre. El me aseguraba que ella resistiría perfectamente el viaje y que la primavera de las Landas concluiría de restablecerla. Bruscamente se interrumpió:

— «¿Nunca habéis pensado si fuera preferible que la señorita de Prazinka hubiese muerto?» Azorado ante la suposición que pasara por mí una idea tan extraña, miré dudando al doctor Karenow, pero él continuó imperturbable: — «La viruela deja marcas...»

Llegábamos a la puerta del jardín. Me detuve aturdido; sus palabras me hicieron recordar por primera vez que Ana estaría muy cambiada, posiblemente tanto, que él se creía en la obligación de prevenirme y entonces tuve miedo de verla...

Pero ya avanzábamos por el jardín, alguien nos había visto y miss Gleen abrió la puerta del corredor y nos saludaba.

— «Ana desea tanto verlo!» — me dijo conduciéndome a las habitaciones de la señorita de Prazinka. Al sentirme entrar, Ana escondió la cara entre las manos; estaba muy débil y apenas podía incorporarse entre los almohadones que cubrían su sillón. Yo dudé de avanzar o detenerme, pero Ana, logrando dominarse, bajó las manos y alzó tranquilamente la cabeza dejando que la luz descubriera su

semblante, su pobre semblante, todo desfigurado, todo pálido, y sembrado de cicatrices. También habían cortado sus cabellos; sólo restaban los grandes ojos, pero velados y tristes como si hubieran muerto. Era tan absoluta la desfiguración que yo permanecía callado, buscando en vano que alguna expresión de Ana detuviera mi cariño que se desvanecía. Mi silencio, o alguna impresión mal reprimida, hablaron lo suficiente para que Ana comprendiera que mi amor había muerto y que era sólo una extraña para mí.

— «Os agradezco, señor Glasow, que hayáis venido. Un momento pensé escribiros para evitar este encuentro y quedar en vuestra memoria con los recuerdos que guardaseis del «Cosiana». Pero quizás sea mejor para vos, si es que me amasteis alguna vez, el volverme a ver, que así al partir no llevaréis ningún remordimiento de haberme dejado.»

Ana había entrado bruscamente al tema y en una forma tan imprevista que yo, sin alcanzar a comprenderla, repetí: «¡Dejaros, Ana!»

— «Sí, vuestro cariño no puede persistir.



Nada destroza tanto el amor como la impresión de ver lo que se ha amado bello, convertido en monstruoso. Mañana llega el «Cosiana» a Krasnoiarsk, posiblemente partirá de aquí dentro de dos días; si nada más que yo os detengo en Yeniseisk, podéis regresar en él, que yo ya he desaparecido para vos.» La voz de Ana era tranquila, sin inflexión alguna de amargura o de reproche a mi instintiva aversión, sólo sus pupilas cada vez más oscuras reflejaban la voluntad suprema a todos los sentimientos. Su generosidad hizo sentirme aun más pequeño en mi egoísmo, que no quería darme palabras para declinar la libertad que me ofrecía. Pronto comprendí que al no objetar la menor protesta le había causado mucho daño, y besando la mano que ella me retiró suavemente, murmuré confundido: «¡Perdón!»...

— «Nada debo perdonaros, amigo mío. Muy al contrario, sólo os recordaré con el agradecimiento de que me hayáis amado. Y ahora no quiero entreteneros más tiempo, que ya es bien poco el que tenéis para preparar vuestra partida».

Yo también deseaba terminar la entrevista, ya que nada más me retenía junto a Ana y estreché la mano que ella me tendía.

— «Hasta siempre, Ana.»

— «Adiós, Daniel Glasow» — respondió sonriendo. Pero sus labios temblaban y tenía las pupilas dilatadas y húmedas como si fueran a estallar en lágrimas.

Y así nos separamos, simplemente, como dos viejos amigos que se volverán a encontrar al otro día.

.....

Dos noches después, al soltar las amarras, la tripulación había organizado un banquete en honor de mi regreso. Al terminar, cuando subí a cubierta, a desempeñar de nuevo mi puesto de piloto, ya navegábamos entre los bosques de abetos y sólo se veía tras nosotros el surco fosforescente que dejara la hélice en el agua...

#### IV.

Son mis horas de guardia y me hallo solo en el puente de comando. Es el tiempo de descanso y las cubiertas están solas, pues a pesar de la claridad del cielo y del sol amarillento estamos cerca de la media noche. El Mar Blanco está tranquilo y el viento nos es favorable. Hoy, como cada vez, al hallarme solo, sin más horizonte que las líneas azules del agua, envuelto en la luz de este sol opaco y azotado por el viento glacial, vuelven a mí, lugares, seres, cosas, momentos que yo creí decisivos en mi vida, y que se deslizaron simplemente como tantos otros.

Todos pasan, lejanos, como si en vez de vividos hubieran sido soñados; sólo Ana, persiste tu memoria que parece animarse a la magia de este sol sin fin.

Quizás dentro de algún tiempo nuevas imágenes hayan alejado la tuya, confundiéndola

entre esas figuras borrosas que se van esfumando hasta desaparecer.

Ya nada quedará de ti; inútilmente habrás vivido y amado, que el egoísmo humano no admite ni el recuerdo.

**F I N .**

# ÍNDICE

	<u>PÁGINA</u>
PRÓLOGO .. .. .	5
NAGASAKI .. .. .	19
KÍROS .. .. .	33
LA LEYENDA DE JORZA .. .. .	49
ANA DE PRAZINKA .. .. .	69

